

El PRI, pero ¿cuál?

por miguel ángel granados chapa

Con el abstencionismo, el PRI fue el gran ganador de los comicios de anteayer. Si bien perdió San Luis Potosí, y no logró recuperar Querétaro y ayuntamientos simbólicos, que ha solido perder, como los de Guadalajara y León, recobró la mayoría en la Cámara de Diputados (aunque deberá celebrar alianzas para hacerla operativa) y gobernará otra vez Nuevo León, pues no sólo alcanzó la gubernatura sino también los municipios centrales y el control de la legislatura local.

Hermanos gemelos, el ausentismo electoral y el voto priísta son herencia del viejo régimen, y crecen alimentados por la ineficacia del gobierno federal, basado en dogmas mercadológicos que confunden ser con parecer, los que cultivan hasta el exceso la imagen pero se cuidan menos, o nada, de la sustancia. Seis de cada diez mexicanos se alejaron de las urnas el domingo. Una porción jamás ha votado, ni lo hará porque la costumbre electoral no forma parte de las suyas. Pero otro segmento aun se ufana de su abstención y la blande como un instrumento de protesta, como si ignorara que su ausencia no deja huecos (pues la política padece horror al vacío) y es un poderoso aliciente para el voto inercial, que mezclado con el del priísmo realmente existente permitió a los mandos del tricolor alzarse con la victoria en la elección legislativa y en casi todas las contiendas locales (con la notable excepción del Distrito Federal).

Hoy, sin embargo, no puede hablarse del PRI como de una entidad homogénea. Surcan su interior varias corrientes, actúan allí grupos diferentes, se gestionan intereses encontrados, todo ello con base en modos diversos de entender al partido y su relación con el gobierno. Esa diversidad se manifestará en las próximas semanas cuando, entre otros episodios, se resuelva la integración de la bancada en San Lázaro. Es preciso esperar para ello, pues los candidatos que ganaron en sus distritos recibirán mañana miércoles (o cuando concluya el cómputo) su constancia de mayoría, y aun así su posición sólo será definitiva si la elección no es impugnada o cuando lo resuelva la justicia electoral. Con mayor razón debe esperarse la asignación de diputados de representación proporcional, aunque sean conocidos el número y aun los nombres de quienes por esta vía ingresarán a San Lázaro.

Sólo entonces se definirá el talante del grupo priísta en la cámara, y el grado de su cohesión. No será lo mismo si la fracción es encabezada por Elba Ester Gordillo, cuya proclividad hacia la pareja presidencial es sabida y exhibida, que si el líder resulta otro miembro de la bancada, como Manlio Fabio Beltrones que explícitamente aspira a

Difícilmente sabremos con exactitud por qué no votaron los mexiquenses que el domingo desertaron de las urnas. Sería conveniente que una vez concluidas sus tareas inmediatas, el Instituto electoral de esa entidad estudie el tema, mediante encuestas que permitan al menos una aproximación a las causas del ausentismo electoral. Si éste se asienta, si se repite en los comicios federales de julio o en los de otras entidades, la sociedad mexicana estará dilapidando un capital civil que costó mucho esfuerzo acumular.

La política va a la baja. Casi nadie la aprecia, no obstante ser la argamasa que hace posible la convivencia, el funcionamiento de las instituciones. Sujeta a su propia espontaneidad, la vida social sería un caos y hasta un infierno, impredecible y sujeta a arbitrariedades irreductibles a la razón y al orden. Si la gente puede realizar, mal que bien, sus actividades cotidianas, es en función de la política, que organiza las instituciones y las hace funcionar. De mala calidad si se quiere, pero la política está presente en cada minuto. Más valdría que los ciudadanos participaran en ella para mejorarla.

No lo creyeron conveniente seis de cada diez mexiquenses en edad de votar. Es probable que la mayor parte de ellos jamás hayan votado, que vivan en el analfabetismo político, que estén asediados por urgencias tales que carezcan de interés y tiempo para ejercer el acto mínimo de presencia ciudadana que es acudir a la urna a votar. La existencia de una masa empobrecida y despolitizada es uno de los mayores lastres que el pasado priísta ha dejado a la nación. A ella se añade la franja desencantada de la política en general, víctima de los mensajes superficiales y desesperanzadores, que aseguran que es inútil participar en los procesos electorales porque todos los partidos son iguales. Y también aportaron su cuota de ausencia los desilusionados, los que votaron por el cambio en el ámbito federal y suponen o comprueban que el cambio no ha llegado o no ha sido para bien.

Junto con la enorme abstención, dos fenómenos más merecen atención. Uno es el descenso de la votación panista, y el otro la celebración sólo parcial de los comicios en Atenco. Aunque señalarlo parece sólo un mero recurso de propaganda priísta, es verdad que Acción Nacional perdió más de un millón de votos. En el dos mil votaron por Fox 2.2 millones de personas, y en cambio este lunes, al concluir el PREP, cuando sólo faltaban por computar unas novecientas casillas, de más de catorce mil, el PAN sobrepasaba apenas los novecientos mil votos. El argumento del PRI para subrayar la